Sombras en la mansión

Guillermo Domínguez Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Guillermo Domínguez Hernández,

2024 Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798339656357

Sello: Independently published

CONTENIDO

1	EL DESCUBRIMIETO DEL CUERPO	Nº 3
2	LA LECTURA DEL TESTAMENTO	N.º 12
3	ENCUENTRO CON ANA	N.º 17.
4	PISTAS Y ENGAÑOS	N.º 22.
5	PRIMER GIRO INESPERADO	N.º 32.
6	REVELACIONES DEL PASADO	N.º 43.
7	EL SEGUNDO GIRO	N.º 53.
8	CONFRONTACION FINAL	N.º 70.
9	EL DESENLACE	N.º 77.
10	ECOS DEL PASADO	N.º 82.

CAPITULO 1º:

EL DESCUBRIMIETO DEL CUERPO

El viento soplaba con fuerza aquella noche sobre la colina donde se alzaba la imponente mansión la familia de la Vega. Las ramas de los árboles susurraban como si intentaran advertir de un secreto inminente. Dentro de la mansión, sin embargo, todo estaba en calma, o al menos así parecía. Marta González, la fiel ama de llaves, recorría los pasillos con la rutina que los años le habían enseñado. Eran casi las diez de la noche y, como cada día, se disponía a apagar las luces de las habitaciones vacías y a verificar que todo estuviera en orden. La mansión, aunque majestuosa, tenía un aire frio y lúgubre que a veces le ponía los pelos de punta. Pero estaba acostumbrada a su trabajo, se limitaba a cumplir con su deber. Esa noche, como otras tantas, se dirigió al despacho del señor Ernesto, el único lugar de la casa donde las luces permanecían encendidas a esas horas. Sabía que él solía quedarse hasta tarde revisando documentos o simplemente bebiendo su licor favorito mientras observaba por la ventana el extenso jardín, perdido en sus pensamientos. Pero esta vez, cuando se acercó a la puerta entreabierta, algo la detuvo. Había un silencio pesado, casi palpable. Marta sintió un escalofrió recorrerle la espalda mientras extendía la mano para empujar. Cuando lo hizo, la escena que se desplego ante sus ojos la dejo sin aliento.

Ernesto de la Vega estaba sentado en su gran sillón de cuero marrón, inclinado sobre su escritorio. A simple vista, parecía dormido, pero algo en la rigidez de su postura y el ángulo antinatural de su cabeza sugería lo contrario. Marta se acercó con cautela, un corazón latiendo con fuerza, y entonces lo vio: un charco de sangre se había formado bajo su cuerpo, empapando los papeles que había sobre la mesa. Retrocedió con horror, llevando una mano a su boca para contener el grito

que pugnaba por salir. Apenas recupero el aliento, corrió a buscar ayuda. La policía llego en menos de media hora, rompiendo la tranquilidad de la mansión con sus luces intermitentes y el sonido de sus radios. El detective Ricardo Montes fue uno de los primeros en entrar en la escena. Conocía la mansión, había pasado por allí antes, pero nunca en esas circunstancias. El cuerpo de Ernesto de la Vega seguía en el mismo lugar donde Marta lo había encontrado, rodeado por un equipo forense que trabajaba meticulosamente. Montes, un hombre de mediana edad con un aire de cansancio perpetuo y ojos afilados, observaba la escena con la atención de un cazador. Nada parecía fuera de lugar a simple vista, salvo la presencia misma de la muerte. Se acerco al cadáver, examinando la herida en el cuello de Ernesto, un corte limpio y profundo que no dejaba dudas sobre la causa del deceso. La habitación estaba ordenada, demasiado ordenada. Como si quien quiera que hubiera cometido el asesinato se hubiera asegurado de no dejar huellas.

El inspector jefe, un hombre robusto de voz grave, se acercó a Montes.

- ¿Qué opinas? -preguntó en un susurro Montes entrecerró los ojos, aún sin despegar la vista del cadáver.

-Esto no es un simple robo. No hay señales de lucha, de que falte algo valioso. Quien lo hizo, conocía a Ernesto y sabía cómo moverse en esta casa.

El inspector asintió.

-La familia está en la sala principal. Hay que hablar con ellos cuanto antes.

Montes asintió y, tras una última mirada al, se dirigió hacia la sala donde los hermanos de Ernesto, Victoria y Julio,

esperaban con expresiones de preocupación y tensión maldisimulada. Al cruzar el umbral de la gran sala, Montes sintió el peso de las miradas que se posaban sobre él. Era el

primer paso en lo que prometía ser una compleja y retorcida investigación.

La sala principal de la mansión estaba sumida en una extraña mezcla de lujo y tensión. Los grandes ventanales dejaban entrever la oscuridad exterior, reflejando los rostros crispados de los hermanos de la Vega. Victoria, sentada en un sillón antiguo con respaldo alto, sostenía un pañuelo de encaje entre las manos. Sus nudillos estaban blancos por la presión que ejercía sobre el delicado tejido. Julio, en cambio, se mantenía de pie, apoyado en la chimenea apagada, mirando fijamente al suelo. Montes cruzo la sala con paso firme, consciente de la atención que atraía. Era un hombre acostumbrado a leer a las personas, y lo que veía en esos momentos eran expresiones cuidadosamente ensayadas para mostrar el adecuado grado de shock, aunque había algo más, una corriente subterránea de emociones que aún no podía identificar del todo.

El inspector jefe se detuvo a su lado, carraspeando para llamar la atención de los presentes.

-Lamento interrumpir, pero necesitamos hacer algunas

preguntas- dijo con tono serio.

Victoria levanto la vista, sus ojos enrojecidos por el llanto, o al menos eso parecía. Sin embargo, detrás del brillo húmedo de sus pupilas, Montes pudo detectar un destello calculador.

- ¿Quién haría una cosa así? - pregunto ella con voz temblorosa-

¿Quién podría asesinar a mi hermano en su propia casa?

Julio alzo la vista por primera vez, sus ojos oscuros llenos de una mezcla de confusión y algo más profundo, quizás rabia o miedo. -Eso es lo que queremos saber, señora de la Vega- respondió Montes-. Para eso estamos aquí. Vamos a necesitar que nos cuenten todo lo que recuerden de esta noche. Julio se enderezo, despegándose de la chimenea y metiendo las manos en los bolsillos.

-Llegue hace unas horas para cenar con Ernesto. Victoria ya estaba aquí. Tuvimos una conversación normal, aunque

Ernesto estaba... más callado de lo usual- dijo, escogiendo

cuidadosamente sus palabras.

Montes se acercó un poco más, observando la dinámica entre los hermanos.

- ¿Sobre qué conversaron?

Victoria intervino rápidamente, casi como si hubiera estado esperando la pregunta.

-sobre la familia, el testamento... Ernesto quería hacer algunos cambios. Estaba preocupado por cómo se repartiría todo cuando...-Su voz se quebró un poco, y desvió la mirada-.

Bueno, cuando el ya no estuviera.

Montes asintió, mentalmente registrando la información. - ¿Y cómo reaccionaron ustedes a esa conversación? –

pregunto, notando como Victoria y Julio intercambiaban una breve mirada.

Julio fue el primero en hablar.

-No es primera vez que Ernesto habla de eso. Siempre fue muy meticuloso con esos temas, quería asegurarse de que todo estuviera en orden. Pero no imagine que...-Dejo la frase en el aire, negando con la cabeza. Montes no dijo nada durante unos segundos, permitiendo que el silencio incomodo hiciera su trabajo. Luego, se giró hacia el inspector jefe y asintió ligeramente, señal de que continuaría solo.

-Voy a necesitar hablar con ambos por separado-dijo

finalmente, su tono indicando que no era una petición-. Pero antes de eso, ¿alguien más estaba aquí esta noche?

Victoria vacilo un momento antes de responder.

-Marta, nuestra ama de llaves. Ella fue quien encontró el

cuerpo.

Y el abogado, Felipe Navarro, vino más temprano, pero se fue antes de la cena.

Montes asintió, tomando nota mental de los nombres. Felipe Navarro, el abogado, era alguien a quien ya había oído mencionar antes, conocido por manejar los asuntos legales de la familia con discreción. Y Marta... tendría que ver si su relato coincidía con lo que estaba escuchando ahora.

-Bien. Comenzare con usted, señora de la Vega. -Miro a Julio Señor de la Vega, le pido que permanezca aquí mientras hablo con su hermana.

Julio asintió, aunque había una sombra de incomodidad en su mirada.

Montes condujo a Victoria a una pequeña sala contigua, una especie de estudio más privado, alejado del tumulto que comenzaba a formarse en la mansión. El ambiente aquí era más íntimo, con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros antiguos y una lámpara de pie que emitía una luz cálida.

-por favor, tome asiento-dijo Montes, señalando un sillón junto al escritorio.

Victoria obedeció, cruzándolas piernas y ajustándose la falda con manos aun temblorosas.

-Señora de la Vega- comenzó Montes, tomando asiento frente a ella-, necesito que me cuente todo lo que ocurrió esta noche con el mayor detalle posible. Cualquier cosa que recuerde, por insignificante que parezca, podría ser importante. Victoria asintió lentamente, apretando el pañuelo entre sus dedos. - - Como le dijo Julio, llegamos para cenar con Ernesto. Él nos invitó... insistió, en realidad. No era común que cenáramos

todos juntos en la mansión, así que pensé que era importante para él. Pero...-Se detuvo, mordiéndose el labio inferior.

- ¿Por qué? - la animo Montes, inclinándose un poco hacia

adelante.

-Estaba distante, como si tuviera algo en mente, algo que no podía o no quería compartir con nosotros. Durante la cena, apenas hablo, y cuando menciono el testamento, fue como si...-Vacilo de nuevo, como si las palabras fueran difíciles de encontrar-, como si ya hubiera tomado una decisión que cambiaría todo.

- ¿Menciono que cambios quería hacer en el testamento?

Victoria negó con la cabeza.

-No, no lo hizo. Solo dijo que estaba reevaluando ciertas cosas, que había estado pensando en el futuro. Pero no nos dio detalles.

Montes la observo en silencio por un momento. Algo en su tono, en la forma en que hablaba, le decía que Victoria sabia más de lo que estaba dispuesta a revelar.

- ¿Y después de la cena? -continuó. -Ernesto se retiró a su despacho. Dijo que necesitaba tiempo para revisar unos documentos. Julio y yo nos quedamos en la sala, charlando... intentando entender que estaba pasando por

su mente.

- ¿Alguno de ustedes fue al despacho de Ernesto después de la cena?

Victoria lo miro directamente a los ojos, y Montes noto el leve titubeo antes de que respondiera.

-No. Ambos pensamos que era mejor dejarlo tranquilo, que mañana podríamos hablar con él con más calma.

Montes asintió, sin apartar la mirada de ella.

-Una última pregunta por ahora, señora de la Vega. ¿Cómo era su relación con su hermano?

Victoria frunció el ceño, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa.

-Éramos cercanos, pero también había... tensiones, como en todas las familias. Ernesto era... -Hizo una pausa, buscando las palabras correctas-, complicado. A veces difícil de tratar, pero siempre nos preocupamos el uno por el otro.

Montes anoto mentalmente su respuesta antes de levantarse.

Victoria asintió, levantándose con cierta rigidez. Montes la acompañó de vuelta a la sala principal, donde Julio

esperaba, aun junto a la chimenea, aunque ahora su postura era menos segura.

-Señor de la Vega, le agradecería que me acompañara ahora dijo Montes, manteniendo su tono profesional pero firme.

Julio asintió con la cabeza y siguió a Montes de vuelta al

estudio. Al entrar, se sentó sin esperar la indicación,

visiblemente incómodo. Montes lo observo por un momento, tratando de calibrar su estado de ánimo antes de comenzar.

-Julio, necesito que me cuente su versión de los hechos de esta noche-dijo Montes, adoptando un tono un poco más informal para tratar de relajar al hombre frente a él, Julio se froto las manos, como si estuviera tratando de ordenar sus pensamientos.

-Como le dije, llegué para la cena. Ernesto estaba raro, pero eso no era nuevo. Siempre fue un hombre difícil de leer. -Hizo una pausa, y Montes noto como evitaba su mirada-. Después de la cena, me quede con Victoria un rato en la sala. Hablamos de lo

que Ernesto había dicho, de los cambios que quería hacer en el testamento.

Montes asintió lentamente, siguiendo el relato.

- ¿Y cuál fue su impresión de esos cambios? - pregunto,

observando atentamente la reacción de Julio. Julio suspiro, cruzando los brazos sobre el pecho.

-No lo sé, Ernesto siempre fue el que controlo todo, el dinero, las propiedades... Yo siempre fui el hermano menor, el que se quedaba con las sobras. Si iba a hacer algún cambio, no esperaba que fuera a mi favor, eso está claro.

- ¿Se sintió molesto por eso?

Julio lo miro por fin, con una mezcla de frustración y

resignación.

- ¿Quién no lo estaría? Pero... eso no significa que quisiera

matarlo.

Montes dejo que el silencio se alargara, observando como Julio parecía debatirse internamente. Después de un momento, cambio de tema.

- ¿Noto algo inusual durante la noche? Algo que le pareciera fuera de lugar, por pequeño que fuera. Julio negó con la cabeza lentamente.

-No... Nada que recuerde. Todo parecía normal hasta que

Marta encontró a Ernesto.

Montes se reclino en su silla, tomando mentalmente nota de las contradicciones sutiles entre los relatos de los hermanos. Había algo en esta familia que aún no encajaba, una verdad oculta que solo empezaba a asomar. Pero sabía que tendría que proceder con cuidado.